

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

ADAM SMITH, EN EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA *

Hace pocos meses un joven y distinguido economista, bregado en las lides de la investigación y de la enseñanza, y bien capacitado para obtener el título profesional, me planteó dos interesantes preguntas: “¿Por qué —decía— nuestras más prestigiosas editoriales de literatura económica insisten tanto en publicar los voluminosos textos de los clásicos, cuyas ideas ya no corresponden a las necesidades de nuestros tiempos? ¿No sería mejor, en cambio, multiplicar las ediciones de libros y ensayos de los economistas actuales, sobre todo de aquellos cuyas investigaciones, escritas en inaccesibles idiomas extranjeros, están inspiradas en los problemas contemporáneos y manejan el instrumental más moderno para resolverlos?”

Mi contestación fue bien sencilla: se trata de dos satisfactores, para una necesidad de cultura, que no son competitivos o excluyentes entre sí, antes bien perfectamente complementarios. Además: lo que hoy es actualidad, mañana será historia; muchas de las publicaciones recientes, alzadas —como en la cresta de una ola— por un pasajero afán de novedad o por un azar de la realidad histórica, mueren, a poco de nacer, en la arena del pasado, y pronto quedan cubiertas y olvidadas bajo otras nuevas capas igualmente inertes.

Las obras “clásicas” lo son —en Economía como en cualquier ciencia o arte— porque su estructura queda siempre enhiesta, y aun gana en firmeza con el tiempo. El mensaje por ellas lanzado en la época de su aparición sigue teniendo validez para las sucesivas, y todavía conmueve y estimula a los hombres de nuestros días, como seguirá haciéndolo en lo futuro.

Repitiendo las palabras de Alfred Marshall, en 1926: “Un autor no es un ‘clá-

sico’ a menos que por la forma o la materia de sus palabras o acciones establezca o indique ideas arquitectónicas, en el pensamiento o el sentir, que en cierto grado sean suyas y que, una vez creadas, nunca pueden morir: antes bien son levadura viva, que opera sin cesar en el cosmos.”

En esas creaciones de la mente, como en los grandes monumentos de las artes plásticas, o en las instituciones seculares de la Historia, sobrevive lo viejo eterno, que es, siempre, bellamente nuevo. Y a ello le debemos la misma adoración y reverencia que a la buena tradición y a la madre tierra, vetustas ya, pero eternamente jóvenes.

Pero, además, la obra “clásica” no se limita a darnos el destello del atisbo genial, que pronto se apaga en los límites estrechos del especialismo, sino que nos ofrece un ancho y rico tapiz de ideas y vivencias, extendidas por el campo inmenso de la cultura universal y del hombre entero. Y, sobre todo, no nos comunica pensamientos redondos, conclusos e infecundos, ni se contrae a aleccionarnos en una técnica menuda, sino que es provocativa de nuestras propias investigaciones, con lo cual cumple la más excelsa misión incremental de la cultura.

Así puede darse el admirable ejemplo de una obra maestra, creada por su autor con exclusivo propósito literario, pero que contiene un mensaje utilísimo para quienes cultivan campos bien lejanos del saber. Los economistas deberían leer la *Filosofía del divorcio*, ágil ensayo de Honorato de Balzac, para darse cuenta de las excelencias y de las aberraciones de la Estadística, o *El crimen de la calle de la Morgue*, de Edgar Poe, no con la curiosidad enfermiza de un lector de novelas policíacas, sino para adquirir o afianzar una técnica general de investiga-

* Smith, Adam, *Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*. Edición de Edwin Cannan, con una Introducción de Max Lerner. Traducción y estudio preliminar de Gabriel Franco. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1958. LXXXVI + 927 páginas. Colección “Las Obras Maestras”.

ción, y ganar criterios de aplicación universal y eterna.

Ninguna gran cultura que se precie de serlo despreció nunca a sus clásicos nacionales, ni a esos otros, extranjeros, que han logrado ganar estatura ecuménica. Al contrario: apenas un país adquiere conciencia de su personalidad trascendente, recoge con amor cuanto de brillante le legaron los siglos. Y es precisamente apoyándose en esa base, como se edifican con solidez las ulteriores y valiosas estructuras nuevas. Si negáramos lo digno y grande del pasado universal estaríamos siempre expuestos a que nuestros hijos hicieran otro tanto con las magnas obras del presente, de las que tan orgullosos nos sentimos.

En este concierto de opinión los economistas no podemos ni debemos representar la voz discordante, máxime cuando nuestros colegas de otros países nos han señalado el camino. Francia cuenta, desde hace más de medio siglo, con su gigantesca *Bibliothèque des Économistes*; Italia posee su *Giornale degli Economisti*, y, desde la primera posguerra, su *Collana*; Alemania, la primorosa *Sammlung Sozialwissenschaftlicher Meister* (Los clásicos de las Ciencias Sociales); Inglaterra y Estados Unidos sus copiosas *Libraries of Classics*.

Certera fue la decisión del Fondo de Cultura Económica al iniciar, hace casi veinte años, su colección "Las Obras Maestras" de la Economía, incluyendo las clásicas investigaciones de Mun, *La riqueza de Inglaterra por el Comercio exterior*; Cantillon, *Ensayo sobre la naturaleza del Comercio en general*; Malthus, *Ensayo sobre el principio de la Población*; John Stuart Mill, *Principios de Economía política, con algunas de sus aplicaciones a la Filosofía social*; Marx, *El Capital. Crítica de la Economía política*; Böhm-Bawerk, *Capital e interés*; Marshall, *Obras escogidas*. Todas ellas, editadas a gran formato, se avaloran con extensos prólogos en los cuales la respectiva obra se emplaza en el marco de su época y en sus proyecciones

a nuestros días. Fuera de esa serie figuran otros dos libros señeros: Adam Smith, *Teoría de los sentimientos morales*, y Thorsten Veblen, *Teoría de la clase ociosa*. (Esta última obra adquirió su categoría de clásica en época muy reciente: publicada la primera edición inglesa en 1899, su significación trascendental fue ignorada por espacio de tres décadas, hasta el punto de que ninguno de los grandes Diccionarios socioeconómicos contemporáneos, la *Encyclopædia*, de Seligman, y el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, de Conrad-Elster, consignan la biografía de ese autor. Hoy, sin embargo, la obra entera de Veblen es objeto de la atención más alta por parte de los teóricos de la Economía.)

En recientes fechas la colección del Fondo de Cultura se ha enriquecido con dos trascendentales aportaciones: una, la edición del segundo tomo de los diez que componen las obras completas de David Ricardo¹ (ed. Sraffa); otra, la *Investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*, por Adam Smith.

Dieciocho años después de la edición príncipe inglesa, de 1776, apareció en Madrid la primera versión española de José Alonso Ortiz, primorosa por su buen estilo castellano, pero mutilada por los censores de la Inquisición. Ese texto fue el publicado, sin enmienda, en dos tomos de *La España Bancaria* (Barcelona, 1935-1936), con un modesto prólogo de José María Tallada.

Durante la presente década apareció por vez primera una versión completa del texto smithiano, editada por la casa Aguilar, de Madrid.

Para ser publicada en su colección, eligió el Fondo de Cultura como base la edición efectuada en 1904 por el profesor

¹ Ricardo, David, *Notas a los "Principios de Economía política" de Malthus*, Vol. II de las obras y correspondencia de Ricardo, editadas por Piero Sraffa, con la colaboración de Maurice Dobb. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1958. Traducción de Florentino M. Torner. xiv + 331 páginas. Colección "Las Obras Maestras".

Edwin Cannan, de la *London School of Economics*, ampliada considerablemente al ser publicada por la Random House, Inc., de Nueva York, en 1937.

Con todo respeto a las demás, no vacilamos en afirmar la superioridad de esta edición sobre todas las anteriores. El texto presentado por el Fondo de Cultura ha de satisfacer, a juicio nuestro, a los más exigentes lectores. El profesor Cannan efectuó una rigurosa edición, siguiendo paso a paso las variantes de las ediciones inglesas sucesivas, hasta ofrecer un depurado texto, en el cual se refleja, en su versión final, el pensamiento smithiano. Numerosas apostillas marginales procuran al lector un juicioso resumen de la obra. El monumental índice analítico (parcialmente completado por Cannan) fue preparado por el insigne maestro escocés para la tercera edición inglesa de su obra. Otro índice bibliográfico (del editor)² cita todas las obras aludidas en el texto de *La Riqueza de las Naciones*, por Adam Smith, su autor, y por el profesor Cannan.

La obra, en su versión española, recoge, en varios cientos de extensas notas de pie de página, la aportación original más valiosa de su editor contemporáneo. Sabido es que nuestro autor —Adam Smith— fue un catalizador monumental de las ideas socioeconómicas de su tiempo, y de los siglos pasados; un espejo clarísimo, aunque no siempre imparcial, del mundo en que vivía, y en el cual se estaba forjando, en forma evolutiva pero con sonoridad revolucionaria, la “sociedad capitalista” que aún sigue caracterizando a nuestro mundo occidental presente; pero, sobre todo, Smith se situó, con realismo y visión de futuro insuperables, en la encrucijada central de todos los caminos de la Historia, y su obra, reveladora de una potente personalidad, supera el teoricismo utópico de los años mozos, y se sitúa en un campo de juicioso “eclecticismo”, en el que siempre brilla, entre las reservas y cautelas de la edad madura, el sol de su pasión por la libertad.

² Smith, *op. cit.*, pp. 907 ss.

Para cada idea, postulado o acontecimiento fundamental de *La Riqueza de las Naciones*, el profesor Cannan ha insertado una erudita anotación, donde se rastrea la génesis del pensamiento smithiano, dejando siempre bien clara la paternidad de cada tesis, y el talento de nuestro autor al tejer —con conceptos ajenos y aportaciones propias— la más portentosa y diáfana versión del pensamiento de una gran época. Pocas veces se ha provisto una obra, por tantos conceptos magistral, con un aparato crítico tan meticuloso. Evidentemente el editor estuvo a la altura del autor original, lo mismo en esas notas que en el Prólogo, donde en apretadas y jugosas páginas se traza el cuadro de la vida de Adam Smith y se describen las curiosas incidencias de la preparación y publicación de las sucesivas ediciones.

El profesor Gabriel Franco, actualmente Maestro de la Universidad de Puerto Rico, realizó mucho más que una traducción elegante y correcta. La obra de Smith, con múltiples ventanas abiertas a las disciplinas socioeconómicas y a otros muchos panoramas de la Ciencia y la Historia del XVIII, permitió revelar la profundidad de la cultura del traductor, quien dio a los diversos capítulos su personalidad cabal, usando vocablos y giros cuyo casticismo y precisión enlazan con la mejor tradición española de Capmany y Uztáriz, de Campomanes, Floridablanca y Canga Argüelles, de Joaquín Costa y Flores de Lemus. El profesor Franco, Catedrático de las Universidades españolas y ex-Ministro de Hacienda de su país natal, con la segunda República, ha hecho también, para esta obra, una aportación original:³ se contrae ésta, principalmente, a ofrecer, a los lectores de la edición presente, una interesante descripción y crítica de la *Teoría de los sentimientos morales* del propio Smith. Acierto grande tuvo al hacerlo, pues en ese libro, publicado en 1759, el maestro escocés ofrece la teoría severa y geométrica de la libertad, que luego había de ser

³ Smith, *op. cit.*, pp. VII ss.

objeto de sagaz aproximación a las condiciones reales del mundo en que vivía. Gracias a su ensayo, el profesor Franco ha creado un trasfondo sobre el cual se destaca con el máximo relieve la personalidad final y cuajada del gran economista de Kirkcaldy.

Todavía queda por aludir otra pieza importante del libro de Adam Smith. El profesor Cannan encargó a otro eminente economista, Max Lerner, una Introducción⁴ que figuró en la edición, efectuada en 1937, por la *Modern Library*, de la Random House, Inc. Las páginas de ese pensador eminente, especialista en teoría del control económico, nos plantean un fascinante problema: Adam Smith, como los Constitucionalistas norteamericanos y los franceses de la Gran Revolución, contribuyó, con toda su alma, a desencadenar el león de la libertad, ahorrado por la teocracia y el mercantilismo. Pero la libertad, doblada de egoísmo, y desbocada por la competencia, derivó ulteriormente hacia las formas más descabelladas del monopolio y de la desigualdad del ingreso, verdaderos y eternos obstáculos al bienestar de las grandes masas. Smith alumbró el torrente, y aunque pensó —desde su obra magna— en limitarlo y encauzarlo (contradiciendo sus convicciones liberales), no lo logró para la posteridad: a ciento setenta años de su muerte el Behemoth gubernamental es más intervencionista que nunca, y las maniobras monopólicas ya no se limitan a la gran empresa, sino que han ganado las poderosas organizaciones sindicales de nuestros días.

Ocurre con la Economía en sus comienzos algo semejante a lo acaecido con la gran pintura primitiva europea. Primero fueron, una y otra, formas culturales subordinadas, ancillares de otras disciplinas y actividades. Los grandes artistas, hasta el amanecer del Renacimiento, pintaban en muros y paneles, y sus obras eran elementos complementarios, pero accesorios

de una arquitectura. A su vez, quienes trataban temas socioeconómicos lo hacían por vía ilustrativa, en el contexto de grandes tratados teológicos, moralizantes, políticos o históricos.

De pronto, con los hermanos Huberto y Jan van Eyck, la pintura del *Quattrocento* se hace "exenta", se emancipa y adquiere mayoría de edad: las tablas y retablos pintados ganan personalidad, y los artistas se expresan en una técnica innovadora, revolucionaria: el óleo. Más aún: empieza una Escuela cuyos artífices alcanzan milagrosamente, desde el principio, las cumbres de lo magistral, nunca más superado en perfección formal y constructiva.

Unos tres siglos más tarde, en Economía registramos acaecimientos parejos, que pueden ser documentados con absoluta precisión: la fecha es la divisoria entre las dos mitades del siglo XVIII. En 1749 se profesa, por vez primera en la Historia, un curso "sistemático" de Economía en la Universidad escocesa de Edinburgo; en 1752 David Hume edita sus admirables *Discursos políticos*; en 1759 se publica la *Teoría de los sentimientos morales*, de Adam Smith. La Economía se libera, y monta su aparato metodológico: deducción, inducción, integración ecléctica. El fruto grandioso, magistral entre muchos, es la *Investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*. De un salto la Economía se eleva a los ápices magistrales, y no sólo en el razonamiento sino en la proyección y en la eficiencia política. Marwitz —citado por Federico List— dice, con exageración simpática, del Maestro escocés, que "...justamente con Napoleón es el monarca más grande de Europa".

En la Introducción a su obra, Adam Smith plantea en pocas líneas y en el primer párrafo, con el máximo vigor, la tesis cardinal y central de su libro:

El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que

⁴ Smith, *op. cit.*, pp. xxxiii ss.

anualmente consume el país. Dicho fondo se integra, siempre, o con el producto inmediato del trabajo o con lo que, mediante ese trabajo, se compra de otras naciones.⁵

No necesitamos más para comprender que, con una concisión espartana, Smith ha puesto en marcha el pensamiento y la investigación económica de una Ciencia nueva para los ciento setenta años que nos separan de nuestro autor. Paulatinamente irán surgiendo Say, Malthus y Ricardo; Federico List y John Stuart Mill; Carlos Marx; Bagehot; la escuela histórica; los marginalistas; Cournot, Jevons, Walras y Pareto; Marshall y Pigou; Lenin; Keynes; Harrod, Domar y Kindleberger; Tinbergen, Kalecki, Myrdal y el jamaiqueño Lewis, por no citar sino unas cuantas de las grandes figuras. En su planteamiento e innovaciones, en su tenacidad tradicional o en sus revolucionarias transformaciones, se irán construyendo o derribando sistemas, pero en todos ellos sentiremos correr, por debajo, las aguas freáticas del pensamiento smithiano: en todos ellos advertimos la estimación por el maestro escocés, quien oprimió el botón capaz de situar en una ancha y elevada órbita la Ciencia de la Economía y de la acción económica gubernamental.

⁵ Smith, *op. cit.*, p. 3, habla de un "fondo" bien efectivo, constituido por el trabajo y los productos, nacionales y extranjeros que nos sirven de satisfactores, y no de sus arbitrarias mediciones. El Profesor Holländer (cf. *infra*, pp. 147-48 nota 12), alude a la circunstancia limitativa de que al referirse a ese "fondo" o ingreso global del país, Smith está pensando en un "agregado nacional" y no en el ingreso *per capita*. A los efectos de una evolución del incremento de los niveles de vida, tan deficiente es un enfoque como otro, pues el ingreso *per capita* encubre las injusticias y desigualdades de la distribución del ingreso. Ninguno de esos métodos de cuantificación es satisfactorio, además, por lo incompleto: en aquellos pueblos poco desarrollados donde sobrevive la "economía de subsistencia" o "no monetaria", en la descripción de Smith no se incluyen los bienes y servicios —muy considerables en cuantía— que no pasan por el mercado.

Al principio, el hombre es libre, y recibe el fruto completo de su trabajo: con la aparición de las formas políticas y con el afianzamiento de la apropiación de la tierra, otros factores aparecen como co-participantes en la distribución del ingreso. La consecuencia inmediata es la concentración del dominio de la tierra, que es poder; el efecto siguiente, la reducción del ingreso del trabajador al mínimo de subsistencia. Todo excedente sobre el costo de esos fundamentales satisfactores revierte a quien procura trabajo y patronea a los trabajadores. Esa situación minimiza la libertad de la mayoría y maximiza las ganancias de un pequeño número de privilegiados.

Hutcheson y Hume han hablado de dos motores de la conducta individual: la *benevolencia*⁶ y el *egoísmo*, este último en su equivalencia económica del "afán de lucro". Nada fian esos profesores, y menos aún Smith, en que el panadero elabore el pan, y lo regale, movido por la compasión o el amor a sus semejantes. Pero, al término de esa relación entre quien produce y quien consume, la transacción se perfecciona, y ambos quedan, en lo sustancial, satisfechos: y no es la "utilidad" del pan lo que determina su valor, sino el hecho de la comparecencia y regateo de ambos partners en una nueva escena: el *mercado*, donde imperan y tratan de entenderse y compensarse dos "egoísmos" contrapuestos. Resulta, así, que no es el "valor en uso" lo importante, sino el "valor en cambio", cuya cristalización es el "precio" al cual se llega en el mercado.

Parecería imposible que ese precio "real" pudiera llegar a situarse en contigüidad inmediata del precio "justo" (el *justum pretium* de Santo Tomás, cuyo monto sería igual exactamente al costo del factor sustantivo de la producción, es decir: el *costo del trabajo*, o sea su precio, que es el "salario"). No será la benevolencia el factor correctivo, sino la competencia *libre*. Exenta ésta de toda traba o intervención gubernamen-

⁶ "Simpatía" (*tellow-feeling*).

tal, el egoísmo de cada uno será un incentivo para el intercambio, y el interés del partenaire la mejor vigilancia y protección contra las extralimitaciones del prójimo.

De esa arcádica maquinación resultaría que cada ser humano, siguiendo los dictados de su egoísmo, está precisamente cooperando a la vigencia del *orden natural*, y que para asegurar el bienestar de la comunidad no precisa otra cosa sino sumar los indudables progresos de todos y cada uno de los individuos que la componen, afirmándose, de paso, que “lo que es bueno para las familias lo es para las colectividades e instituciones”,⁷ pues la economía pública tiene su espejo en la privada.

Es en ese momento de su razonar cuando Smith introduce su *deus ex machina*: “la mano oculta”, una de las numerosas formas de nomenclatura que en sustitución de Dios ha arbitrado la filosofía racionalista. No niega Adam Smith que en el precitado orden natural puedan sobrevenir eclipses de la libertad y roturas del fundamental equilibrio: pero una “mano oculta” restituirá el sistema y le devolverá su luz, nada menos que por el *libre* juego de ese egoísmo, que en su estado inicial sólo generaba oscuridad y desequilibrio.

En la concepción sistemática de Smith, ese inteligente mecanismo juega en *un* mercado y en *todos* los mercados: lo mismo en los internos que en los internacionales; igual en los productos satisfactores directos que en los intermediarios, como el dinero; otro tanto en la época actual que en la pasada o en la futura.

Queda por ver si todos los países obedecerán por igual al mismo mecanismo, y lo harán gustosos: Federico List tendrá sus dudas al respecto. Queda por ver si los *have not*, la gran masa de los trabajadores, se avendrá con el *statu quo* social, presupuesto por la sistemática smithiana: Marx tendrá mucho que decir acerca de este punto. Queda por ver

si el mecanismo juega en *todas* las posibilidades o constelaciones de factores; esto es, si nos hallamos, con la tesis smithiana, ante una “Teoría general”: y eso intentará esclarecerlo John Maynard Keynes, hace veintidós años, ello independientemente de si, en efecto, las condiciones supuestas por los clásicos son “un caso extremo de todas las posiciones posibles de equilibrio”, y de si el sucedáneo keynesiano tiene, por su parte y sin duda, esa connotación de “generalidad” absoluta.

Por lo pronto Smith está creando un sistema teórico-económico cuyos ejes son la *teoría del valor* y la del *precio*, con ciertas excursiones erráticas al campo de la *distribución*; pero no nos ofrece una teoría completa de la *producción*, ni un examen profundizado de los recursos productivos ni del desarrollo económico, como empeño colectivo y como problema de equidad social.

Ahora bien, además de teórico, el autor de *La Riqueza de las Naciones* es un penetrante observador de la realidad, rica y cambiante, en su época misma y en el caudal de la Historia. En tal carácter aparece como hábil negociador entre las rigideces de la teoría y las desviaciones de la realidad, como pensador eclético a quien no sólo interesa la limpieza de sus postulados, sino la posibilidad de que operen provechosamente en el sector gubernamental, con beneficio para el conjunto de la ciudadanía.

Si para ello es preciso decretar una vigencia de armisticio, una temporal suspensión de la “ley del orden económico”, Smith se mostrará bien dispuesto a ello. El mismo dice que su sistema es muy *simple* y necesita “*tiempo* para operar”. Juan Bautista Say —cuyo *Traité d'Économie politique* fue decisivo para el conocimiento universal de las tesis smithianas— lo expresó con mayor elegancia en estas palabras:

Los hechos generales son siempre los mismos en todos los casos semejantes; ... los hechos particula-

⁷ Smith, op. cit., libro II, cap. 2.

res se ven complicados por los efectos de muchas leyes.⁸

Quien quiera apreciar la capacidad de adaptación y mimetismo de Adam Smith, empeñado en dar sistema y solidez al "caos de hechos y doctrinas", según la frase de J. F. E. Lotz, podrá leer los capítulos dedicados a las restricciones extraordinarias al comercio exterior, particularmente los relativos a las admisiones temporales y a las primas a la exportación —y muchos otros pasajes de la obra, en su libro quinto y final. Pero en ese *pandemonium* de excepciones, los manchesterianos de 1840 —más inspirados ya en Ricardo que en Smith— buscaron y encontraron la oculta esencia de la libertad, e hicieron realidad —casi un siglo después de aparecer *La Riqueza de las Naciones*— el sistema librecambista comercial de la Gran Bretaña: en 1846 se derogan las leyes cerealistas; en 1849, las Actas de Navegación; en 1860 Gladstone instituye, para su país, con carácter general, el sistema de libre comercio.

Con referencia a otro tema —el desarrollo económico— el Profesor Kindleberger acaba de decir palabras que acerca de nuestras meditaciones vienen muy a cuento:

Ningún ingrediente es suficiente por sí solo. Un mínimo de cada uno de ellos es necesario. Hemos encontrado teorías que subrayan especialmente los recursos (Huntington, Toynbee), la formación de capital (Harrod, Domar), la tecnología (Schumpeter), y la capacidad social (Hagen). Por nuestra parte hemos elegido tímidamente el sendero del eclecticismo, sugiriendo que cada uno de esos afectos puede ser dominante en casos particulares; ninguno de ellos es disolvente universal. Un pensador como Innes puede enfocar su atención sobre la comunicación escrita; un Isard sobre el transporte; un Kardiner sobre la personalidad funda-

mental. Cada uno tiene parte de la verdad, pero no toda.⁹

El Smith racionalista puro tenía que ofrecernos una estructura cristalina para sus ideas fundamentales. El Smith de carne y hueso, de quien ditirámbicamente se ha dicho que "fue el hombre mejor informado desde Aristóteles"; el escocés que pudo contemplar tres grandes revoluciones, numerosas guerras y la emancipación norteamericana, forzosamente habría de procurarnos una cosmovisión realista, una interpretación "ambiental" del pensamiento económico. Y esta era de crisis históricas le haría decir a él —un pensador positivamente interesado en el bienestar de su pueblo—, la siguiente frase:

...la defensa es más importante que la opulencia.¹⁰

Y es que en la época de Smith la guerra sempiterna era una de las fuerzas predominantes. Cada nación ganaba con las pérdidas de las demás. Se pensaba en la autarquía, en las industrias al servicio de las guerras armadas, pero no en el bienestar de las masas.

En los meses de diciembre de 1926 a febrero de 1927 seis prestigiosos economistas se reunieron en la Universidad de Chicago para profesar sendas conferencias destinadas a conmemorar el segundo centenario de *La Riqueza de las Naciones*.¹¹ Eran los años de la reconstrucción alegre y confiada, después de la primera Guerra Mundial. Uno de los conferenciantes, el Profesor John Maurice Clark, pronunció estas palabras:

El balance de las fuerzas sociales se está desplazando constantemente de pocos a muchos; de reyes a

⁹ Kindleberger, Charles P., *Economic Development* (Economic Handbook Series). Nueva York, ed. MacGraw Hill, 1958, p. 130.

¹⁰ Smith, op. cit., libro V, cap. I, parte I.

¹¹ Adam Smith, 1776-1926. *Lectures to commemorate the Sesquicentennial of the Publication of the "Wealth of Nations"*, por John Maurice Clark, Paul H. Douglas, Jacob H. Holländer, Glenn R. Morrow, Melchior Palyi y Jakob Viner. Chicago, Illinois, The University of Chicago Press, 1958.

⁸ Say, Juan Bautista, *Tratado de Economía política, o exposición sencilla del modo con que se forman, se distribuyen y se consumen las riquezas*. Traducción de Juan Sánchez Rivera. Burdeos, 1821. Discurso preliminar, pp. LXXXVI ss.

gentes llanas; entre autoridad, ciencia y opinión popular o libre elección; entre acción colectiva e iniciativa privada; entre capital y trabajo.¹²

En tiempos de Smith había pocas fábricas, y aun éstas con máquinas rudimentarias; un sistema de competencia incipiente; reniase una lucha durísima contra las tenaces supervivencias del mercantilismo —dice Clark. Hoy —se afirmaba en 1927— contamos con ferrocarriles, *holdings*, banca central, barómetros económicos y fuerzas gigantescas. Ahora —afirmamos nosotros— los nuevos factores movilizados tienen una potencia insospechada, desde la energía atómica hasta el despertar, inquieto y enigmático pero inexorable, de dos tercios de la humanidad, hasta hace poco alestargada.

Pero la Britania de Smith era la de su tiempo, y no otra, y él la veía con grandiosidad, aunque con sus ojos de escocés. En la trayectoria histórica de la metrópoli insular estaban, desde fines del xvi, Drake, Raleigh y la época elisabetana; las luchas contra Holanda y sus almirantes; Cronwell y su revolución; la guerra eterna contra el Imperio español en decadencia y, en la alcancía de la Historia, y —tras las contiendas de la sucesión hispánica a la muerte de Carlos II, y las eternas disputas por la hegemonía, con los Capetos franceses—, la figura de Nelson y la era napoleónica.

En los albores de la revolución industrial la superioridad de Inglaterra sobre los países de la tierra firme europea era aplastante. Poseía carbón e inventos mecánicos; derechos civiles y ciudadanía, aunque limitada; unidad galvánica del país y creciente poderío imperialista, asegurado mediante el dominio de las flotas mercantes y guerreras de Inglaterra. Adam Smith fue, en su libro, intérprete de los intereses de su país, a la luz de los intereses de sus distintas clases sociales.

Frente a todo ello, una España exangüe, cuyo despertar en la época de las luces fue el de un pueblo con ansias de

renovación pero sin recursos; una Francia con genio intelectual, pero desangrada por las guerras de la Revolución y del Imperio; una Alemania con 360 jurisdicciones administrativas, en buena parte regidas por gobiernos tiránicos. En Italia ocurría otro tanto.

Inglaterra poseía la fuerza económica y tenía clara conciencia de su liderato. Durante el xviii la Europa continental —salvo ciertas fugaces premoniciones en Francia— ni conciencia tenía de sus posibilidades y recursos para el porvenir. Smith, inglés a fin de cuentas, hizo, sin sentir, de su libro maestro, lo que otros han llamado “la biblia de una nación”. Su credo tenía que ser forzosamente libre-cambista, pues aparte de que así lo exigían el racionalismo de la época y la visión optimista del porvenir, podía documentarse con exactitud en el progreso de sus producciones para las grandes masas: en la constante mejoría de lo que luego se ha venido en llamar la relación de intercambio; en la aptitud, desde el primer momento, para una competencia sin contrapartida en los países continentales. La tesis del libre comercio fue inicialmente, con Smith, una afirmación programática y teorizante; luego, en la era victoriana, una realidad de la política inglesa.

El profesor Melchor Palyi ha dicho¹³ que Adam Smith hablaba un lenguaje fácil de entender para los compatriotas de su tiempo. Apelaba al científico, al lector general, al estadista práctico, y al pensador más ortodoxo de cualquier especie de “ley natural”: pero sobre todo describía una ley económica natural *made in England*, y publicaba una “biblia” que, con el tiempo, lo sería de un sistema económico para el cual Carlos Marx acuñó el vocablo “capitalismo”. Por si eso era poco, surgió otro evangelio del tradicionalismo inglés: la *Historia de Inglaterra*, por Edmund Burke.

Frente a esa roca de poderío el primer embate triunfal fue el asestado por

¹² *Ibid.*, p. 55.

¹³ *Ibid.*, pp. 180 ss.

Federico List, injustamente olvidado por los profesores de Chicago, pero no por el Fondo de Cultura Económica. Quienes hayan leído su *Sistema de la Economía nacional*,¹⁴ saben de sobra cuánto debía su autor a Adam Smith, pero cuánto contribuyó, en pugna con las ideas del profesor escocés, al surgimiento industrial de los países poco desarrollados de entonces, y de muchas décadas después, con su programa del *Zollverein* y de los aranceles protectores educativos.

Dijimos anteriormente que Adam Smith no había construido, en su obra, una teoría de la producción correlativa de las dedicadas al valor y al precio. Pero, a juicio de Palyi, socialistas y conservadores están unánimes al considerar que el "capitalismo" era el género de "control" de *producción* a que indirectamente Smith estaba haciendo referencia. Semillante mecanismo de corrección lo dan, según el profesor referido, la propia unidad sustancial del capitalismo; la función específica de la división del trabajo; la regulación ejercida por el consumidor, vía mercado, y, por último, la consideración del riesgo empresario y la rigidez en la distribución del ingreso. La base de esos controles se halla en la psicología, y está confirmada por la Historia, sobre todo desde mediados del siglo XIX.

Sobre este tema del control sugerimos al lector que lea cuidadosamente el ensayo de Max Lerner, al cual nos referimos al describir el contenido de la edición comentada. Dice ese autor que "la necesidad de acabar con los controles sistemáticos y minuciosos de las instituciones feudales y mercantilistas fue el *leitmotiv* de la obra de Smith. Pero con su interpretación del liberalismo, el maestro escocés sembró la semilla de otros controles más opresivos, y ello hace afirmar a Lerner que Smith "fue, sin duda, un inconsciente mercenario al servicio de la

clase capitalista pujante en Europa" ... y que "el individualismo económico de Smith se utiliza ahora para oprimir, cuando en pasados tiempos se usó para liberar". El interrogante pendiente en el aire es si ese cambio copernicano no afecta hoy, por igual, a los monopolios de los empresarios y a las maniobras monopolísticas de los sindicatos.

Para concluir, deseo referirme de nuevo al interlocutor mío, aludido al principio de estas notas. Los clásicos —y Smith es uno de los más grandes— merecen ser editados en la integridad de su texto y en la fidelidad a su pensamiento; en el escenario nacional y mundial de su vida; en las fuentes generatrices de su sistema y en los efectos trascendentes de sus ideas, a lo largo de las décadas —aunque el gran maestro escocés se asombraría hoy de las derivaciones insospechadas de sus razonamientos.

Merecen, además, los clásicos, ser leídos una y otra vez. Smith no era un repetidor cansino de preceptos ajenos sino un alumbrador de inquietudes, un sembrador de ideas fecundas en la mente de sus discípulos, a quienes, sobre todo, enseñaba a pensar. Si es verdad que nuestra formación no termina nunca; si es evidente que con la madurez de edad adquirimos una conciencia cada vez más clara de la pequeñez de nuestros conocimientos, y de la magnitud oceánica de nuestra ignorancia, leamos a los clásicos, meditemos sobre los textos de Adam Smith, que pueden ser provocativos para nosotros, como lo fueron para Malthus, Say, Ricardo o Marx.

Quien, después de saciada su ansia teorizante, lea los libros III, IV y V de *La Riqueza de las Naciones*, donde Smith se asoma a todos los campos de la socioeconomía, quedará asombrado —pero nunca abrumado— por la inmensidad de su saber. De paso aprenderá también otra lección muy provechosa: que la "biblia del capitalismo" fue escrita en calma y sosiego, con el primor de un fino artífice del Renacimiento, en años de

¹⁴ List, Federico, *Sistema Nacional de Economía Política*. Versión del alemán y prólogo de Manuel Sánchez Sarto. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1942. "Las Obras Maestras."

paciente pulir y afinar, no con la prisa angustiosa que ahora nos anula, y que comunica a nuestros pensamientos y a nuestros escritos la imperfección de lo tosco, lo inacabado, lo impreciso.

Al lector dotado de una fina sensibilidad, le será dado percibir muchas veces, recorriendo las páginas de Smith, el suave aleteo del genio. Sus palabras, pronunciadas hace más de cinco generaciones, llevan con frecuencia el sello de la eternidad, porque tocan problemas incesantemente vivos, y porque otros maestros como él, todavía ahora, las están diciendo, con metal de voz presente y futura, junto a nuestros oídos.

Leyendo a Smith, nuestros economistas, jóvenes y viejos, nuestros gobernantes de todos los países, los hombres afañosos de cultura, en nuestras tierras de habla castellana, aprenderán a despojarse de ese "miedo a la libertad" que en

muchos corazones pone sordina a los anhelos de justicia social.

Las clases desposeídas, del mundo entero, no se resignan a ser simples y anónimos contribuyentes al bienestar global de una sociedad que aún no es la suya, y al incremento macroeconómico de los ingresos nacionales. Puesto que alimentan, visten y alojan a la comunidad escogida, selecta, claro es el derecho de los menesterosos a participar decorosamente en esos mínimos y sustanciales beneficios.

"La ley majestuosa —decía Anatole France con su punzante humorismo—, velando por la igualdad absoluta, autoriza a todos los ciudadanos de París a pernoctar bajo los puentes del Sena." Pero ésa no es la genuina justicia, la verdadera libertad.

MANUEL SÁNCHEZ SARTO